

en aquel pueblo: era tan mísera, ó por mejor decir tan pequeña y tan sucia, que en cualquiera otra circunstancia ni la hubiéramos querido para perrera de nuestra jauría. Con todo eso nos pareció un palacio.

Al día siguiente, al partir, dimos quinientos rublos á Jorge para que los compartiese con sus compañeros.

## XXV

Desde aquel punto y hora todo se presentó bien, pues nos encontrábamos en las inmensas llanuras de Siberia, llanuras que se extienden hasta el mar Glacial, sin que se vea en ellas ni una montaña que merezca el nombre de colina. Gracias á la orden de que Iván era portador, los mejores caballos eran para nosotros, y, llegada la noche, para evitar accidentes como el que por poco nos cuesta el pellejo, nos acompañaban al galope diez ó doce jinetes armados de carabinas ó de lanzas. De esta suerte atravesamos Ekaterimburgo sin detenernos en sus magníficos depósitos de pedrerías, que la hacen brillar como una ciudad mágica, y que nos parecían tanto más fabulosos cuanto salíamos de un desierto de nieve, en el que por espacio de tres días no habíamos encontrado ni el abrigo de una choza; luego pasamos por Tiumen, donde empieza verdaderamente la Siberia, y por fin entramos en el valle del Tobol. Siete días después de haber dejado los terribles Urales, llegamos á prima noche á la capital de Siberia.

No obstante abrumarnos la fatiga, Luisa, alentada por su amor, más y más intenso á proporción que iba acercándose á quien era objeto de él, sólo se detuvo para tomar un baño, y á las dos de la madrugada partimos para Koslowo, pequeña ciudad asentada en la margen del Irtych y señalada para residencia á unos

veinte presos, uno de los cuales, como hemos manifestado, era el conde Alejo.

Nos apeamos en casa del capitán gobernador de Koslowo, para informarnos del conde, y allí, como en todas partes, la orden del emperador obró maravillas. Alejo continuaba en la ciudad, y su salud era tan buena como podía desearse. Ahora bien, como según acuerdo con Luisa y á fin de avisarle la llegada de ésta tenía que presentarme yo primero al conde, rogué al gobernador que á este efecto me diese un permiso, y me lo concedió sin reparo. Además, como me era desconocida la residencia de Alejo y no hablaba el lenguaje de aquella tierra, dieron orden á un cosaco de que me acompañase.

Llegado que hubimos á un barrio de la ciudad, cerrado por altas empalizadas cuyas salidas estaban guardadas por centinelas, el cosaco se detuvo delante de una de las veinte casas de que aquél se componía y por señas me indicó ser la del conde. Entonces y latiéndome el corazón con violencia, llamé á la puerta, y al oír la voz de Alejo que decía: «¡Adelante!», abrí y encontré á mi amigo echado en la cama, vestido, con un brazo colgando y un libro á sus pies.

Sin pasar del umbral, puse los ojos en el conde y tendí al mismo tiempo los brazos hacia él.

Alejo se incorporó lleno de asombro y como si titubeara en conocerme.

—Y bien, sí, soy yo, le dije.—¡Cómo! ¡usted! ¡usted! exclamó el conde saltando de su cama y echándose los brazos al cuello. Y retrocediendo repentinamente, añadió con voz no exenta de terror: ¡Válgame Dios! ¿acaso está V. también desterrado? ¿soy yo, por mi desgracia, causa de tamaña desventura?—Sosiéguese V., repuse, he venido como simple aficionado.—¡Como aficionado ha venido V. al riñón de la Siberia, á novecientas leguas de San Petersburgo! exclamó Alejo sonriéndose con amargura. A ver, explíqueme V. eso... ó por mejor decir... ante todo...

¿puede V. darme nuevas de Luisa?—Bonísimas y frescas: acabo de separarme de ella.—¡Que acaba V. de separarse de ella! ¿La dejó V. hace un mes?—Hace cinco minutos.—¿Qué me dice V.? profirió el conde palideciendo.—La verdad.—¿Luisa?...—Está aquí.—¡Oh santa mujer! susurró Alejo alzando las manos mientras dos gruesas lágrimas le rodaban por las mejillas. Y tras un breve silencio durante el cual pareció rendir gracias á Dios, preguntó: ¿Dónde está?—En casa del gobernador, respondí.—Volemos allá, pues, repuso el conde abalanzándose á la puerta; pero de improviso se detuvo, y prosiguió: ¡Loco de mí! olvido que estoy encerrado en este recinto y que sin autorización del jefe de él no puedo salir. Vaya V. por Luisa, mi querido amigo, para que yo la vea y la estreche contra mi corazón. Pero no, irá ese hombre, y entre tanto hablaremos de ella.

El conde dijo algunas palabras al cosaco, que se salió para cumplir su comisión.

Interin, conté á Waninkoff cuanto pasara después de su arresto.

Mi amigo me escuchó como quien escucha una fábula, y de tiempo en tiempo me cogió las manos y me miró de hito en hito para cerciorarse de que realmente era yo quien hablaba y estaba en su presencia; luego se levantó con impaciencia, se encaminó á la puerta, y, al ver que nadie venía, volvió á sentarse y me pidió nuevos pormenores que ni yo me cansé de repetirlos ni él de escucharlos. Por fin se abrió la puerta y reapareció el cosaco.

—¿Y bien? le preguntó el conde, mientras se le cubría de palidez mortal el rostro.—El gobernador ha respondido que V. tiene que estar enterado de la prohibición impuesta á los presos, respondió el cosaco.—¿Cuál?—La de recibir á mujer alguna.

Alejo se pasó la mano por la frente y se dejó caer en un sillón.

Al ver lo que ocurría, empecé á sentir temores, y

miré á Waninkoff, en cuyo rostro se traslucía la lucha que en su alma sostenían todos sus sentimientos.

—¿Puedo decir dos palabras al jefe del puesto? dijo al cabo de un instante el conde, volviéndose hacia el cosaco.—Cuando he llegado á casa del gobernador, estaba allí, respondió el interpelado.—Hágame V. el favor de aguardarlo á la puerta de su casa, y en mi nombre rogarle que se sirva llegarse hasta aquí.

El cosaco hizo una mesura con la cabeza y fuése.

—Con todo esas gentes obedecen, dije al conde.—Por costumbre, contestó Alejo sonriéndose. Pero ¿ha visto V. algo más terrible que lo que á mí me pasa? ¡Luisa está á cien pasos de mí, ha hecho novecientas leguas para reunírseme, y no puedo verla!—Es indudable que en eso hay error, que se ha interpretado mal una consigna, dije á Waninkoff, y sino, ya verá usted como dan contraorden. Y al ver que Alejo se sonreía con ademán de duda, añadí: De lo contrario nos dirigiremos al emperador.—Si, exclamó el conde, en cuyos ojos brilló una desesperación que me asustó, y la respuesta llegará dentro de tres meses; y durante estos tres meses... ¡Ah! V. no sabe lo que es esta tierra.—Pues bien, si menester fuere, dije sonriéndome, pasaré esos tres meses al lado de V. y hablaremos de ella; esto le revestirá de paciencia. Además, el gobernador se dejará enternecer, ó cerrará los ojos, y...—Aquí, atajó Waninkoff mirándome y sonriéndose á su vez, no hay que contar con nada de eso: hombres y tierra son de hielo. Si hay una orden, la cumplirán, y no veré á Luisa.—Esto es horroroso, susurré.

En esto entró el jefe del puesto, y el conde, al verlo, se adelantó hacia él y le dijo:

—Caballero, una mujer, movida de heroica y sublime abnegación, ha salido de San Petersburgo para reunírseme, y cuando tras innumerables peligros ha llegado á Koslowo, ese cosaco me dice que no puedo verla. ¿Verdad que en eso hay error?—No, señor,

respondió friamente el militar; ya sabe V. que los presos tienen terminantemente prohibido comunicar con mujer alguna.—Sin embargo, arguyó Alejo, el príncipe de Trubetskoi ha obtenido una autorización que á mí me la niegan; ¿por ventura se la han concedido porque es príncipe?—No, señor, respondió el jefe del puesto, sino porque la princesa es su esposa.—¿Y si Luisa lo fuese mía, exclamó el conde, no se opondrían á que yo la vieses?—No, señor.—¡Ah! suspiró mi amigo, como si su corazón se hubiese aliviado de un gran peso. Y á poco añadió, dirigiéndose al militar: ¿Consiente V. en que venga á verme un pope?—Inmediatamente irán por él, respondió el jefe del puesto.—Y dígame V., mi buen amigo, prosiguió el conde estrechándome las manos, ¿querrá V., después de haber servido de compañero y defensor á Luisa, servirle de testigo y de padre?

Por toda respuesta, pues se me anudó la garganta, abracé á Waninkoff llorando.

—Vaya V. y diga á Luisa que mañana nos veremos, repuso el conde.

En efecto, al siguiente día, á las diez de la mañana, Luisa, conducida por mí y por el gobernador, y Alejo, seguido del príncipe de Trubetskoi y de los demás desterrados, entraron por una puertecita de la iglesia de Kroslowo, se arrodillaron silenciosamente al pie del altar, y allí cruzaron su primera palabra, que fué el solemne sí que los unió mutuamente para toda la vida.

En carta particular al gobernador, que éste recibió por mano de Iván sin que nosotros lo supiéramos, el zar había ordenado que Alejo no volviese á ver á Luisa sino á título de esposa.

Como el lector ha visto, el conde se adelantó á los deseos del soberano.

De regreso en San Petersburgo, encontré cartas que reclamaban imperiosamente mi presencia en Francia.

Corría febrero, y por ende el mar estaba helado; pero como circulaban los trineos, aproveché este sistema de locomoción y me puse en camino, sintiendo tanto menos el salir de la ciudad de Pedro el Grande, cuanto que, por más que el emperador tuvo la bondad de no reemplazarme en mi regimiento á pesar de haberme ausentado sin su licencia, á causa de haber perdido de resultas de la conspiración parte de mis discípulos, no podía menos de añorar á aquellos infelices jóvenes, por muy culpados que fuesen.

Tomé pues á mi regreso el camino que tomara á la ida diez y ocho meses antes, y de nuevo atravesé, pero ahora sobre una inmensa alfombra de nieve, la antigua Moscovia y parte de Polonia.

Apenas hube entrado en los estados del rey de Prusia, y al asomar la nariz fuera de mi trineo, ví con profunda extrañeza á un hombre que frisaba con los cincuenta, alto, delgado, amojamado, con casaca, chaleco y calzones negros, zapatos con hebillas, sombrero, con una fundilla bajo el brazo izquierdo, y haciendo voltear con la derecha un arco, como pudiera con un junquillo. Parecióme tan extraño el traje y tan singular el sitio para pasearse por la nieve con una temperatura de  $-25^{\circ}$  ó  $30^{\circ}$ , que, dándome por otra parte á entender que el desconocido me hacía señas, me detuve para aguardarlo. Apenas me vió parado, el raro personaje alargó el paso, pero sin precipitarse y con cierta dignidad llena de gracia, y á compás que iba acercándoseme, parecióme conocer al pobrete. En efecto, era aquel mi compatriota que encontré á pie en medio del camino real al entrar en San Petersburgo, y á quien volvía á encontrar en el mismo traje, pero en circunstancias mucho más graves. Mi paisano se detuvo á dos pasos de mi trineo, puso los pies en tercera posición, metió el arco por

debajo de las cuerdas de su violín, y cogiendo con tres dedos y por la tapa su sombrero, saludóme con todas las reglas del arte coreográfico, y me dijo:

—Caballero, ¿puedo, sin pecar de indiscreto, preguntar á V. en qué parte del mundo estoy?—Está V., respondí, un poco allá del Niemen, á unas treinta leguas de Königsberga, entre Friedland y el Báltico. —¡Ah! ¡ah! exclamó mi interlocutor visiblemente satisfecho de mi respuesta, que le llegaba en tierra civilizada.—Y dígame V., proseguí, siempre y cuando tampoco yo peque de indiscreto, ¿cómo se encuentra usted tan ligeramente vestido, á pie, con medias de seda, tocado con ese sombrero y sobarcado el violín, á treinta leguas de toda humana habitación y con un frío como ese?—¿Verdad que es original? Ahí el caso... Pero ¿usted me asegura que estoy fuera del imperio del zar de todas las Rusias?—Está V. en tierras del rey Federico Guillermo.—Pues sepa su merced que por mi desventura daba yo lecciones de baile á casi todos los desdichados jóvenes que cometían la infamia de conspirar contra la vida de su majestad. Como para ejercer mi arte iba de casa del uno á la del otro, aquellos imprudentes me entregaban cartas criminales que, por quien soy lo juro á V., llevaba á su destino con la misma inocencia que si hubiesen sido esquelas de convite para una comida ó un baile. Ahora bien, la conspiración estalló, como tal vez V. sabe.—Sí sé, respondí haciendo una señal de afirmación con la cabeza.—Pues bien, como fué lo ignoro, pero es lo cierto que supieron el papel que yo desempeñara en el fregado, y me pusieron á la sombra. El caso era grave, pues nada menos era yo cómplice de... de no haber revelado cosa alguna. Verdad es que nada sabía, y que por tanto, como V. comprende, nada podía revelar. Esto es palmario, ¿no es cierto?—Sí, respondí, moviendo otra vez de arriba abajo la cabeza.—Pues bien, en el momento en que esperaba que iban á ahorcarme, metieronme en un trineo ce-

rrado, en el que, dicho sea de paso, me encontraba de perlas, pero del que no salí más que dos veces al día para atender á mis necesidades naturales, quiero decir para almorzar, comer...—Ya, ya, repuse, prosiga V.—En una palabra, hace un cuarto de hora que el trineo me ha dejado en este llano y, dando media vuelta, ha partido al galope, al galope, sí, señor, sin decirme oxe ni moxe, lo cual nada tiene de cortés, ni pedirme propina, lo que no deja de ser muy galante. En verdad, dime á entender que me habían llevado á Tobolsk, más allá de los Urales. ¿Usted conoce la ciudad de Tobolsk?—Sí conozco, respondí con la cabeza.—Y ya V. ve, en vez de encontrarme en aquellas inhospitalarias tierras, me encuentro en país católico, digó protestante; porque V. sabe que los prusianos siguen el dogma de Lutero, ¿no es verdad?—Sí sé.—Pues bien, caballero, sólo me falta pedir á V. mil perdones por la molestia, y preguntarle qué medios de viajar se usan en esta bienaventurada tierra.—¿Adónde se encamina V.?—Deseo ir á Francia, porque como no me han quitado el dinero... Y eso lo digo porque V. no me parece que sea un ladrón... Como dije, hanme dejado con mi dinero, y como mi fortuna no me da más que unas mil doscientas pesetas de renta, no hay para usar carroza, aunque con economía basta para ir tirando. Querría pues volverme á Francia para comerme tranquilamente las mil doscientas, lejos de las vicisitudes humanas y de las miradas de los gobiernos. Para regresar pues á Francia, á mi patria, me animo á preguntar á V., que V. sepa, cuál es en esta tierra el modo de viajar menos... menos dispendioso.—Mía fe, mi querido Vestris, le dije cambiando de tono, pues empezaba á darme lástima el infeliz, que, por más que no había dejado de sonreírse y conservaba su actitud coreográfica, empezaba á tiritar de los pies á la cabeza, que en este particular puedo indicarle uno muy sencillo y fácil, si V. quiere.—¿Cuál, caballero?—

También yo regreso á Francia, á mi patria. Súbase á mi trineo, y, al llegar á París, lo dejo en el bulevar de la Buena Nueva, como, al entrar en San Petersburgo, lo dejé en la fonda de Inglaterra.—¡Cómol zes V., mi querido señor Grisier (1)! exclamó Vestris.—En carne y hueso, para servir á V.; pero no desperdiciemos el tiempo. Usted tiene prisa, y yo también. Tome V., ahí va la mitad de mis pellizas. Siéntese aquí y caliéntese.—La verdad es que empezaba á sentir frío. ¡Ah ja!—Deje V. el violín en cualquier parte. Sobra sitio.—No, gracias; si V. no ordena lo contrario, lo llevaré sobarcado.—Como V. guste. ¡Postillón! adelante.

Partimos al galope, y nueve días después dejé á mi compañero de viaje frente al pasaje de la Ópera. Nunca jamás he vuelto á verlo.

En cuanto á mí, como no tuve talento para labrarme una fortuna, continué dando lecciones. Dios ha bendecido mi arte, y tengo gran número de discípulos de los cuales ni uno ha perecido en duelo. Lo cual es la mayor ventura que puede esperar UN MAESTRO DE ARMAS.

---

(1) El autor anónimo del manuscrito ha revelado aquí su verdadero nombre después de haberlo mantenido cuidadosamente oculto hasta ahora. Por otra parte, como presumo que el lector había descubierto ya en el héroe de estas memorias á nuestro célebre maestro de armas, creo no pecar de indiscreto dejando aquí la palabra GRISIER con todas sus letras.





